

LA COMEDIA E FINITA...

El «grave» incidente Grau-Felix Martin acaba de ser liquidado, después de unos días en los que se logró mantener expectante a la opinión. Como siempre ocurre entre nosotros, cambiadas las baladronadas de ritual, se han levantado sendas actas y las partes en litigio han acudido al socorrido procedimiento de declarar que en donde dijeron «digo» en realidad quisieron decir «Diego»...

Este final de opereta, del tan llevado y traído incidente, no nos sorprende. Lo aguardábamos porque abrigábamos la muy justificada sospecha de que sólo se trataba de hacer un poco de ruido por las partes en discordia.

En esta clase de cuestiones, denominadas de honor, cuando existe el propósito por parte de los interesados, de pelear de veras, no se recurre a los leguleyismos que a la postre, si en el orden legal justifican la no concertación del lance, en el moral cubren de ridículo a los que después de plantearlo, lo rehuyen, escudándose en Cabrillana o Sánchez Navarro.

El incidente Grau-Felix Martín ofrece un nuevo aspecto, hasta ahora desconocido entre nosotros: el de atemorizar a uno de los probables contendientes, por medio de una exagerada en lo que respecta a las cualidades esgrimísticas de su posible contrincante. Apenas planteada la cuestión, determinados diarios de esta capital se dieron a la escandalosa labor de presentarnos al viejo Grau como un digno émulo del terrible D-Artagnán. Los que conservaban viejas fotos de los días breves y lejanos en los que el ex Presidente hacía esgrima, se apresuraron a enviarlas a esos periódicos. En estas fotos aparecía el ilustre profesor universitario vistiendo el clásico uniforme de esgrimidor y blandiendo, con gesto épico, la inofensiva tizona de práctica. Eran fotos hechas en la sala de armas del Casino Español, cuando la aristocrática sociedad aún no había construido su actual palacete de Prado y Animas. Allí, a la vieja sala, acudía entonces el doctor Grau a recibir lecciones del profesor Rivas, entonces gallardo mozo con unos mostachos sólo comparables a los del comandante Pio Alonso...

Rivas nunca pudo sacar mucho partido de Grau. A más de informe, tal vez su delicada salud, era también «flojo». Pasaban los días y el alumno poco aprendía. Su hermano Panchito, en cambio, ganaba terreno y en la Sala Aleeson se convertía en recio y seguro tirador. Así las cosas, el profesor universitario optó por abandonar la esgrima. Su ausencia de la sala

de armas del Casino Español no fué lamentada. Era uno de los tantos que habían pasado por allí sin lograr una identificación efectiva con el deporte...

Que a Grau nunca le interesó la esgrima lo prueba el hecho de que después de esta prueba insignificante, jamás volvió a preocuparse del asunto. Había ido a la sala de armas, arrastrado por la fiebre que en aquellos días devoraba a nuestra juventud y que hacía que todos los centros esgrimísticos contaran con numerosos alumnos.

Pero volviendo a la guerra de nervios que se inició a favor de Grau, a raíz de su incidente con el ingeniero Martín, diremos que los diarios que controlaron el tema no vacilaron en hacerle el juego al ex Presidente. Se inventaron sesiones fantásticas de entrenamiento en las que Grau, con la velocidad y la pericia de un olímpico, tocaba seis veces consecutivas a su maestro en mitad del pecho. También se hablaba de asaltos sostenidos en otros tiempos con tiradores desconocidos y en los que siempre el ex Presidente demostraba sus excepcionales condiciones de duellista terrible. Tan intensa fue esta recientísima propaganda que, hablando no hace muchos días con un profesor de esgrima que había asistido a una de las lecciones preparatorias del doctor Martín, el aludido profesor nos confesaba que lo había visto desfavorablemente impresionado. En otras palabras, que al ingeniero Martín le preocupaban las posibilidades esgrimísticas del retador.

Esta afirmación del profesor de esgrima justifica el que la representación del ingeniero Martín terminara por donde debió lógicamente de comenzar. Por negarle al doctor Grau el derecho a exigir reparaciones por ofensas inferidas a una dama que sólo es cuñada suya y que a más de esos cuenta con dos hijos mayores de edad, capacitados para hacer suyas la injustificada demanda del ex Presidente.

Este detalle es tan claro y preciso, está tan previsto por todos los Códigos de Honor, que sólo el deseo de explotar el escándalo en provecho propio, por ambas partes, es lo que justifica que no se halla tenido en cuenta desde el primer momento.

Las cuestiones de honor en Cuba están ya totalmente desacreditadas debido a que se les ha convertido en burdas comedias. Se plantean, se discuten y a la postre terminan con un banquete en determinada restaurant de lujo. Es un epílogo pantagruélico. En lugar de la sangre corre el champagne.

2

Y lo más curioso del caso es que los que intervienen en esta clase de cuestiones creen haber demostrado a la opinión que son unos «machitos».

A nuestro juicio, cuando un caballero plantea una cuestión de esta índole, sin el propósito de llevarla a vías de hecho, está incurriendo en un grave abuso de confianza. No hay derecho de robarle el tiempo a un par de amigos para a la postre dejar solucionado el asunto con un acta ridícula que nadie lee. Ya que se quiere explotar el duelo como medio de publicidad; ya que se le quiere utilizar como pretexto para estar a pupilo durante unos días en las columnas de los diarios y en las voces de los locutores, lo menos que pueden hacer los exhibicionistas es «rifarse» de verdad el «pellejo».

Basta ya de comedias. Piensen los que plantean cuestiones de honor para epillogarlas con actas aparatosas que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

Roger de Lauria

Atenta, en 3/48



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA